

Cuba: intolerancia *versus* nación

Rogelio Ibáñez
Periodista y activista político
La Habana, Cuba

“**L**os Futuros de la Isla”¹, un ensayo que se publicó en el 2006, presentó la idea de que curiosamente en Cuba, un país casi intelectualmente inventado, faltaba un texto fundacional sobre la tolerancia. Tenemos textos poéticos, éticos, cívicos, políticos y económicos, todos en los cimientos, pero carecemos de una literatura o de un proyecto sobre convivencia en la diversidad que, aunque no satisfaga los criterios del siglo XXI, sea orientador desde las raíces.

Las letras fundadoras de Cuba siguen cuatro líneas básicas: la creación de la patria, que no es lo mismo que la nación; la invención cívica, en una vertiente más pedagógica que ciudadana; la construcción económica, que ponía el saber científico de la época en función de un proyecto económico; y la imaginación poética, que asociando historia, catolicismo y algo de filosofía en su tradición escolástica, siguió buscando unas esencias

nacionales con el propósito, o más bien despropósito, de fundar un alma y una aristocracia cubanas capaz de actualizarse en cada momento a través de los guerreros de turno. Patria, patricios-*guerreros*, economía y poetas centraban el círculo y las preocupaciones fundamentales de quienes se inventaron a Cuba entre el siglo XVIII y XIX.

La cuestión ética tuvo un espacio clave en el siglo XVIII con Félix Varela, pero sin las pequeñas sumas teológicas que posibilitaran una reflexión religioso-cultural para calzar más o menos en el contexto del país que se inventaba. Y habría sido fundamental el desarrollo de la cuestión ética desde el civismo, que ve a los ciudadanos no desde la patria, donde solo se ve el deber de quienes tienen que servirla, porque de seguro habría posibilitado una apertura intelectual al tema de la tolerancia en un país rabiosamente moderno, en el cual la pluralidad constituye el huevo de la gallina cubana.

Pero quizá por falta de aquel desarrollo, más allá del dogma católico que circulaba entre la elite blanca, Cuba careció de una metafísica propia, hecha desde las plurales raíces visibles que, en dependencia y relación con nuestro contexto particular, proporcionara una cosmovisión compartida y asumida desde la diversidad. Esa es la razón por la que el catolicismo cubano, en lo que supuso de ruptura con España, que no fue mucho, solo dio hasta constituir una patria, pero no pudo lanzarse al proyecto de completar una nación.

Hombres, blancos y católicos, la elite que escribió los textos básicos de Cuba, excepción hecha del deísta José Martí, no concebían la *entrada de otras* cosmovisiones al país que se inventaba y, por lo tanto, se estrenaba a la nación posible tanto con la intolerancia dogmática cerrada a las consecuencias de la reforma protestante dentro del cristianismo, como con la intolerancia cultural incapaz de abrirse a la sociología profunda de una nación que solo podía serlo como resultado de la confusión racial de las guerras de independencia, de ese trasiego cultural que nunca logra reflejar la historia-*acontecimiento*, y de un encuadre y constitución mentales bien lejanos de los paradigmas, la posesión y los arrebatos poéticos que dominan de cuando en cuando a las elites de Cuba. Esa doble intolerancia ha permitido que Cuba sea más o menos un país, pero le ha impedido ser realmente una nación.

Una institución tan significativa en y para Cuba, fundada en el siglo XIX, como la Sociedad Económica Amigos del País, no dio cabida a la reflexión cultural e intelectual que pusiera en buena perspectiva nuestra sociología cultural, un poco más allá de los elementos técnicos, económicos, morales, políticos y religiosos del país. De

modo que en la imaginación de Cuba se perdió siempre algo más de la mitad de sus elementos realmente constitutivos.

Ahora bien, las naciones modernas no pudieron conformarse sin la tolerancia en materia dogmática y en materia cultural. Sin el anglicanismo, Inglaterra habría tenido serios problemas para llegar a ser una nación. Lo mismo habría sucedido en Holanda, Alemania u otras naciones europeas sin la reforma protestante. Desde la sujeción a un dogma es imposible animar la convivencia de pueblos que se estructuran en y desde la diversidad de sus cosmovisiones. Ello es más difícil allí donde el modo de relacionarse con la trascendencia, que abre paso a formas específicas de religión, y el modo de vivir a través de los hábitos, que es lo que conforma la cultura, se confunden de manera tal que es difícil saber dónde termina la religión y comienza la cultura de un pueblo o una comunidad.

Esta última razón lleva a que, sin tolerancia cultural, es decir, sin respeto a las normas que hacen la convivencia de comunidades específicas, independientemente de su particular cosmovisión religiosa, no se pueden construir naciones modernas. Y cuando para lograr esto se aplica la fuerza, a través de la intolerancia dogmática y de la intolerancia cultural, se construyen a lo sumo Estados, pero nunca naciones.

John Locke en Inglaterra, Voltaire en Francia y Erasmo de Róterdam en Holanda se dieron perfecta cuenta de que, sin tolerancia, sus sociedades podrían reventarse. Y Francia es el ejemplo más espectacular del éxito de una nación construida desde la tolerancia, porque sólo la Revolución Francesa, con su ideal del ciudadano, pudo juntar definitivamente a ese *conglomerado de pueblos inconstituidos*, como lo llamó Mirabeau, que convivía con

sus tradiciones feudales autónomas bajo las vistosas monarquías de Francia.

Las naciones modernas lo son sólo porque se forman desde la doble tolerancia de los dogmas y de la cultura. Las excepciones aquí sólo lo son a una regla que se expresa en todos los continentes y en las más diversas culturas.

Este asunto fundamental va un poco más allá del crecimiento altamente diferenciado de las sociedades modernas, con su fragmentación natural de visiones e intereses en individuos que tienen que tolerarse para poder convivir en paz dentro de un mismo espacio común y utilizando la misma lengua. Va hacia dos elementos involuntarios que se cumplen para todas las naciones inventadas en Occidente: su pluralidad constitutiva, que obliga a la tolerancia cultural, y su misma condición moderna, que centra la construcción nacional en un fundamento cívico de igualdad de todos dentro de una república. Ese doble peso cae como una doble lápida sobre todo intento de construir la nación en Cuba, y sólo le permite ser cuando se muestre abierta a esa doble tolerancia.

Es interesante ver cómo el siglo XVIII fue fecundo en tratados y cartas a favor de la tolerancia en lugares que, en cierto modo, constituían naciones al menos hacia el exterior de sí mismas: Francia, Inglaterra y Holanda. En las naciones que intentaron serlo, pasando por alto el necesario debate por la tolerancia, la constitución nacional ha sido problemática hasta hoy, como España (donde la democracia da vida a los nacionalismos antaño forzados a vivir en un Estado-nación), o se ha reventado, como en las antiguas Yugoslavia o Unión Soviética, por hablar de los modelos más publicitados.

En los siglos XVIII y XIX, sin un linaje aristocrático fundado en la tradición de

la tierra y de un poder soberano enmascarado tras el manto divino de la iglesia, Cuba nacía como sociedad moderna e intentaba surgir también como nación moderna alimentada por una pluralidad diacrónica: la España, el África y la China plurales, y no sincrónica como en Europa, donde la diversidad podría aducir un mismo tronco, un mismo ámbito cultural y unos mismos niveles tecnológicos.

La tolerancia en Cuba no requería entonces y únicamente un tratado intelectual-religioso, sino, además, un tratado cultural que incorporara en el proceso a esos *otros*, que en conjunto conformaban más de la mitad de la población del país. Proceso imprescindible porque no tiene que ver únicamente con evitar la cárcel o la expulsión para los que piensan diferente al poder, sino porque compromete la conclusión de un proyecto de convivencia que, naciendo mal desde las raíces, no se ha corregido en el tiempo. Sin aquella incorporación, el proceso de constituir la nación cubana seguirá viviendo una tensión autodestructiva. Una tensión que vive auto-complacida sobre la tesis compensatoria de que las naciones nunca terminan de hacerse: una falacia desmentida por la existencia misma de los Estados.

El asunto es, desde luego, complejo. La idea más extendida es que sí, que Cuba es una nación...que continúa haciéndose. Y esa idea tiene sustento en lo que creo constituyen dos confusiones: nación con Estado e incorporación *étnica* con constitución nacional.

La primera confusión es culturalmente relevante, pero tiene una connotación política inmediata y guarda relación con la intolerancia dogmática. La segunda confusión es la más importante, tanto desde el punto de vista sociológico como

cultural, y tiene que ver con la intolerancia de este último signo. Esta confusión incorporativa, que confunde incorporación estética con incorporación nacional, tiene su punto de partida en lo que considero la falacia etnográfica orticiana. No tanto por Fernando Ortiz mismo, reputado con cierta justicia por nuestro tercer descubridor, después de Cristóbal Colón y de Alejandro de Humboldt, sino por la tradición intelectual que se generó a partir de su magnífica obra. Algo así como la relación que existe entre Maquiavelo y el maquiavelismo.

Esta falacia etnográfica parte de la herencia africana vista desde los artefactos de la etnia, del mensaje gestual de los ritos bailables y de los significados y entes religiosos vinculados a la reproducción del rito y los sacrificios. Como las religiones africanas se *bailan* y tienen una conexión esencial con los ciclos productivos ligados a la naturaleza, la lectura se hace desde el prejuicio pagano y se disuelve en las prácticas primitivas.

La intraducibilidad de muchos de estos ritos y de un lenguaje que no sirve para la comunicación social, sino para la comunicación de intención y órdenes rituales, da mayor visibilidad en esta tradición orticiana a los elementos externos: el vestido, el sacrificio, el baile y la ininteligibilidad de unos códigos, comprendidos únicamente por iniciados. El lenguaje mismo es de iniciación, no social, sino cultural. Sirve para adornar la lírica poética y musical y no para expresar procesos de socialización en la comunidad, la escuela o la producción. Es decir: el lenguaje, que es básico para la reproducción de una sociedad, no es reducible o transferible en el caso de las lenguas africanas a un *tecnos*, o lo que es peor en la tradición cubana: a

una metafísica de valores fundada y debatible en unos dogmas transferidos en textos.

En consecuencia, la mirada etnocéntrica al doblar de la esquina. No ya desde Europa, sino desde Cuba misma. Los unos miran a los otros como extraños separados por el Atlántico. Segundo, la mirada se hace étnica, ni siquiera antropológica, arrinconando la necesaria mirada sociológica del tema; tercero, con esta aproximación *parece* que se está frente a una minoría, tal y como los europeos vieron múltiples minorías en sus sucesivas incursiones africanas; cuarto, como no hay metafísica, se considera que no hay valores, olvidando voluntariamente que la ética griega es anterior a Jesús; quinto, la apropiación que se puede asumir es la estrictamente estética. Así se explica que en Cuba no haya museo de la ruta del esclavo y sí numerosos departamentos y grupos culturales que aprovechan “nuestras raíces africanas”. Sexto, pero no último, como los dioses encima de paganos no responden entre sí al vínculo metafísico de la Santa Trinidad, no se capta la especial y específica relación que tienen los individuos con sus dioses, y de estos entre sí.

Con esta visión está claro que se pierde lo fundamental para fundar la convivencia de una nación condenada a y por la pluralidad: la sociología religiosa de los pueblos, si la tienen (y casi todos los pueblos la tienen). Ella permite entender, o al menos visualizar, la densidad diferenciadora entre comunidades que tienen que convivir en un mismo espacio. Al perder de vista esto, desaparece el elemento básico que desde nuestros orígenes africanos se podría haber aportado a la construcción nacional: la tolerancia. Y diría más: el único elemento que haría posible la construcción nacional en la modernidad.

No digo que la aportación de la tolerancia posible siga líneas raciales. Para

nada. Sí afirmo que, en el caso cubano, el aporte sociológico *desperdiciado* de los africanos que fueron traídos al país tiene que ver con esa relación flexible e igualitaria entre dioses, que no tienen problemas dogmáticos ni metafísicos que resolver ni entre sí ni con quienes siguen sus oráculos. Que no tienen tampoco el problema de la creación desde la trascendencia, que genera la supremacía cognoscitiva y moral del padre, ni el problema de los misterios últimos, que da paso a la casta dominadora de los exegetas, administradores de la palabra y el mensaje.

Nada de esto se presenta para las religiones de origen africano. Y ello marca una flexibilidad interpretativa, una perplejidad frente a las guerras doctrinales y una creación de la moral desde la experiencia, que sólo favorecen la tolerancia y la concentración en objetivos cívicos, como pueden ser la creación simultánea de una nación y sociedad modernas fatalmente plurales. La represión de esta sociología específica a favor de una estética folclorizada y discutible, siempre al servicio del poder, ha venido impidiendo la incorporación sociológica imprescindible para completar la nación desde valores mutuamente compatibles.

La falacia ortociana cerró el camino también a otra aproximación, que podría haber incorporado esa sociología de valores hundida en nuestras raíces africanas: la aproximación ética que respetara la diferencia incomprensible. Como hasta hoy día se concibe que, desde las religiones africanas, no puede extraerse una moral por la vía de valores metafísicos pensados y discutidos en academias, según obliga la tradición occidental, no hubo manera de ventilar éticamente una realidad cultural obligadamente destinada a convertirse a los *únicos* valores humanos presumibles. Ello impidió, y sigue impidiendo, el diálogo que fue y es posible,

paradójicamente, entre los anglosajones y los africanos: no a nivel religioso, sino a nivel de valores.

De ahí el extraño racismo cordial en el que vivimos negros y blancos en Cuba: los negros, *diferentes*, pueden empezar a dejar de serlo en la medida que expresen valores pasados por la metafísica judeocristiana aunque, en el fondo, siempre serán *diferentes*, porque su tolerancia, como experiencia de vida (leída en clave cultural cubana como ligereza, negligencia y excesiva gestualidad rítmica), no los ha *dotado* para interpretar y reinventar los arcanos dominantes de la metafísica nacional, sea en forma de catolicismo o de marxismo, o de algunas variantes del protestantismo en clave del sur de los Estados Unidos, que predominan en Cuba. Y en cierto sentido es verdad, lo cual nos lleva a esa primera forma de intolerancia que también cierra el camino a completar la nación.

En ciertos niveles de discusión intelectual puede parecer risible, aun cuando constitucionalmente no debería causar el menor asomo de risa, excepto la curativa. Sin embargo, el negro en Cuba ha sufrido una doble opresión metafísica por la catequización española y la marxización del Estado. Entendido que ni el catolicismo ni el marxismo expresan valores éticos superiores, asombra cómo se intentó lo que nunca será posible desde el punto de vista de la antropología cultural: compatibilizar las dialécticas compartidas entre el evangelio de Joaquim de Fiore y el hegelianismo (que sirve de atlas al marxismo) con la visión horizontal que está en la base de las religiones africanas.

Dos estructuras de pensamiento distintas sólo pueden convivir en tolerancia si comparten una ética construida desde la mutua experiencia, pero jamás intercambiar

términos que se sitúan en dimensiones incommunicables de lenguajes distintos. Es evidente la comunicación posible entre cristianismo y marxismo; parece totalmente imposible la comunicación de ambos con Yemayá.

En la medida en que el Estado funda una superioridad sobre la base de una ideología codificada constitucionalmente y una antropología revolucionaria (el hombre nuevo), sin guardar relación con la estructura cultural y la sociología de casi la mitad

de la población, ese Estado no sólo retarda el completamiento de la nación, que sólo puede fundarse en el mejor aporte sociológico de origen africano en Cuba: la tolerancia. También funda, digamos que involuntariamente, un racismo de Estado que cierra y contradice la pluralidad de valores culturales inscrita en la sociedad. La tolerancia debe ser la próxima conquista de la cultura cubana. Ella es vital para la nación posible.

Nota:

1. Cuesta Morúa, Manuel. "Los Futuros de la Isla". En: *Poesía, arte y sociedad. Seis ensayos*. Editorial Verдум, S.L., Madrid, España, 2006